

Una monja *descarriada*: la Madre Conchita y su imaginario de la vida religiosa**

Resumen

El imaginario religioso de la *Madre Conchita*, monja sacramentaria a la que se le acusó de ser la autora intelectual del asesinato del presidente electo Álvaro Obregón en 1928. Tras su condena y posterior encarcelamiento en las Islas Marías, se propuso redactar un escrito cuya finalidad era tratar de mostrar la *verdad* de los hechos, la defensa de la fe, lo cual explicaría su involucramiento con el movimiento cristero.

Palabras clave: *Madre Conchita*, movimiento cristero, monjas sacramentarias, imaginario religioso, José de León Toral

El 17 de julio de 1928, el general Álvaro Obregón asistió a una comida en el restaurante *La Bombilla*, organizada por los diputados guanajuatenses pertenecientes a la xxxiii Legislatura de la Unión. Mientras comía el recién electo presidente de la república, un fanático religioso llamado José de León Toral se le acercó para enseñarle unos dibujos y aprovechó la cercanía para dispararle en varias ocasiones con una pistola que traía oculta entre su ropa. El general murió de manera instantánea y León Toral fue aprehendido por la policía, quien lo interrogó para que mencionara quiénes habían sido sus cómplices. En un principio el asesino negó haber recibido ayuda, pero al final impli-

có a una monja sacramentaria conocida como la Madre Conchita, la cual sería arrestada y enjuiciada por el homicidio de Obregón. En sus primeras declaraciones ante el Jurado, León Toral afirmaba que había matado al general porque pensaba que de esa manera se acabaría el conflicto religioso que aquejaba al país, pero lo que este personaje no sabía era que el sonorenses ya había entablado pláticas con los obispos para tratar de encontrar una solución pacífica. Así, la muerte del presidente electo sólo contribuyó a prolongar la guerra.¹ El Jurado que juzgó a

* Universidad Iberoamericana, Puebla.

** Fecha de recepción: 1 marzo 2012.

Fecha de aceptación: 19 julio 2012.

¹ Francis Patrick Dooley, *Los cristeros, Calles y el catolicismo mexicano*, pp. 135, 137 y 138, 159-160; Jean Meyer, *Historia de la Revolución Mexicana. 1924-1928*, tomo 11, pp. 262, 275; Lorenzo Meyer, *Historia de la Revolución Mexicana. 1928-1934*, tomo 12, pp. 12, 17; Aurelio de los Reyes,

la Madre Conchita y a José de León Toral determinó que los dos personajes eran culpables del asesinato proditorio del general, pues la primera había sido la *autora intelectual* y el segundo, su *brazo ejecutor*. Como el crimen fue planeado con *premeditación, alevosía y ventaja*, se les condenó a la pena capital pero días después se cambió la resolución, pues se determinó que no sería fusilada sino que debía pasar 20 años en la cárcel de las Islas Marías, lugar al que se llevaba a los presos más peligrosos del país.

El 13 de mayo de 1929, la Madre Conchita llegó a la Penitenciaría de las Islas Marías, lugar cuyo director era el general Francisco Múgica, personaje con quien entablaría una estrecha relación de amistad.² La Madre relataba que tras

“La tumultuosa bienvenida a Lindbergh, el niño Fidencio y el éxito de Rey de Reyes ¿Expresión de la persecución religiosa en México. 1925-1929?” y Manuel Ramos, “José de León Toral”, *Los cristeros*, pp. 92, 97 y 102. Desde 1926, Obregón había realizado diversos esfuerzos para tratar de frenar la crisis y buscó un acercamiento entre los obispos y Calles. A mediados de 1927, el sonorense encomendó a Aarón Sáenz para dialogar con algunos obispos exiliados en San Antonio, Texas, a fin de conocer bajo qué condiciones estarían dispuestos a regresar a México. Como las intenciones de Obregón eran acabar con la guerra y mejorar las relaciones de la Iglesia con el Estado, algunos grupos radicales, entre ellos, la Liga Defensora de la Libertad Religiosa decidieron matarlo, por lo que organizaron un atentado dinamitero en su contra en noviembre de 1927, el cual se frustraría y derivaría en la muerte de los presuntos implicados, entre los que se encontraba el padre Miguel Agustín Pro. Francis Dooley, Jean Meyer y Manuel Ramos coinciden en que se planeó la muerte del general para evitar que ésta estableciera un acuerdo de paz con la jerarquía eclesial. Sobre la actuación de Calles en el conflicto puede consultarse también Ignacio Solares, *El Jefe Máximo*.

² Durante su estancia en las Islas Marías, la Madre no sólo adjuraría de su vida como religiosa

las conversaciones que sostuvo con el general, éste le sugirió que debía escribir sus recuerdos, para que en el futuro le sirvieran como un medio de aclaración de los *tristes sucesos* en que se vio envuelta. Aunque ésta se negaba a hacerlo, pues alegaba que tenía una *escasa práctica* en la escritura además de que se sentía incapaz y “limitada como toda mujer”,³ lo

sino que también estableció una relación sentimental con Carlos Castro Balda, personaje que estaría involucrado en un intento de asesinato en contra del general Obregón, la cual culminaría con su matrimonio.

³ María Concepción Acevedo y de la Llata, *Obregón*, p. 29; Doris Bieñko de Peralta, “Los territorios del yo. La autobiografía espiritual en la época virreinal”, Doris Bieñko de Peralta y Berenise Bravo, *De sendas, brechas y atajos*, pp. 40 y 41, 50; Jean Franco, *Las conspiradoras*, pp. 14, 29 y 39; Antonio Rubial, *La santidad controvertida*, pp. 168-172; Asunción Lavrín, “La madre María Magdalena Lorravaquio y su mundo visionario”, pp. 24 y 25. Si bien es cierto que en las palabras de Conchita se puede encontrar la influencia del pensamiento cristiano que consideraba a la mujer como un ser incapaz de manifestar pensamientos profundos, no se puede pasar por alto que, en términos generales, el texto de la Madre está desordenado y no es de fácil lectura, lo cual evidenciaba que no estaba acostumbrada a escribir. Sin embargo, y como lo ha mostrado Doris Bieñko para las monjas novohispanas que redactaron sus autobiografías entre los siglos xvii y xviii, era común que éstas percibieran el acto de la escritura como una imposición inevitable que no proporcionaba satisfacción, de tal manera que en sus manuscritos se presentaban constantes referencias al sufrimiento y martirio que generaba el arte de escribir, situación que no sólo era privativa en las mujeres sino que también se manifestaba en los hombres, tal como se puede apreciar, por ejemplo, en el caso del fraile Juan de Jesús María. Resulta interesante mencionar que las autobiografías femeninas eran producto de la coerción que ejercían los confesores en aquellas monjas que, según decían, habían tenido experiencias celestiales, experiencias que Jean Franco denomina como una “singular clase de literatura fantástica” en la que se reunían sus sueños, visiones y fantasías. Así, los escritos

cierto es que al final fue convencida de realizar esa tarea, tanto por los argumentos que le expuso el general como por su intención de escribir un testimonio que sirviera para deslindar las responsabilidades de cada uno de los actores implicados en el asesinato de Obregón. Es importante señalar que la Madre aclaraba, con cierta honestidad, que su relato no se debía considerar del todo objetivo, debido a que los trágicos sucesos le habían dejado una *marca imborrable* en su alma, lo cual podía ocasionar que sus sentimientos predominaran sobre la razón. Sin embargo, mencionaba que buscaría esforzarse para que sus ideas fluyeran de manera *espontánea y sin alardes de pretensión*, aunque con el profundo deseo de que *todo el mundo las ignorara*. En aras de buscar la benevolencia de sus lectores, la monja indicaba que *algunos* podrían acusarla de presentar pensamientos *ingenuos*, pero se debía tener en cuenta que éstos no estaban marcados por el *rencor* sino por el anhelo de que la *verdad* apareciera.

Ella esperaba que las *futuras generaciones* conocieran los acontecimientos en los que se vio involucrada y descubrieran que en sus palabras no se escondían quejas o reclamaciones sino la sinceridad de un alma atormentada. En espera de que un día se *hiciera la luz* en

su caso, la cual mostraría que ella había dedicado su vida a dar amor y energía a sus semejantes, por lo que nada la llenaba de mayor felicidad que la dicha ajena.⁴ Ahora bien, en las *Memorias* escritas por Conchita se plasmaba su visión de lo que debía ser la vida religiosa de las monjas, además de que se presentaba como una elegida por Dios para cumplir un papel trascendente en el mundo. Así, el objetivo del texto es analizar los dos puntos anteriores con la intención de entender el pensamiento de una religiosa singular que no sólo mostró una gran independencia en sus acciones,⁵ lo cual le acarrearía numerosos cuestionamientos por parte de las autoridades eclesiásticas, sino que además estuvo involucrada en diversas conspiraciones tendientes a

⁴ María Concepción Acevedo, *op. cit.*, pp. 21, 25, 26, 29, 32, 35, 39, 42, 53 y 88.

⁵ María Concepción Acevedo, *op. cit.*, pp. 88, 89, 131, 143 y 144; Antonio Rius Facius, *Méjico crístero*, p. 365; Vicente Leñero, *El juicio*, pp. 56 y 57; María Elena Sodi, *Los crísteros y José de León Toral*, p. 92. En julio de 1926, la Mitra ordenó a la Madre que disolviera su Congregación, pero ésta desobedeció el mandato y logró que el arzobispo Mora y del Río le otorgara permiso para continuar con sus actividades. A pesar de las reiteradas tentativas de las autoridades eclesiales, el convento que dirigía Conchita siguió en funciones hasta el 3 de enero de 1927 cuando fueron desalojadas por la policía pero el arzobispo le autorizó que albergara a sus monjas en una casa alquilada. El nuevo convento tuvo varias ubicaciones (las calles de Mesones, Puebla, Zaragoza y Chopo) debido a la persecución policíaca. Fuera del claustro, Conchita relajó la disciplina pues no utilizaban hábito, permitían la visita de diversas personas y acudían a las cárceles para impartir la comunión, hechos que no fueron del agrado de las autoridades eclesiásticas quienes le remitieron diversas amonestaciones y se le calificó como una mujer "moralmente indisciplinada e independiente".

autobiográficos de las religiosas, comúnmente conocidos como "escritura por mandato", no tenían un carácter espontáneo sino que eran resultado de una práctica cultural: la obediencia a la autoridad masculina. Rubial indica que las biografías de las religiosas se convertían en un espejo de comportamiento para todas las mujeres que vivían en clausura, debido a que su temática central eran las virtudes que debían ejercitar las profesas y novicias.

terminar con la vida de Álvaro Obregón,⁶ personaje que, desde su perspectiva, impedía el libre ejercicio de las creencias religiosas del pueblo mexicano.

Una monja *seudomística*

María Concepción Acevedo y de la Llata, mejor conocida como la *Madre Conchita*, nació en la ciudad de Querétaro en 1891. Aunque su familia no era una de las más importantes de la ciudad, si tenía cierta presencia social al grado que su madre era una asidua asistente a las actividades en las que participaban las familias de la élite queretana. De acuerdo a lo que la Madre contaba en sus *Memorias*, desde la adolescencia había mostrado una gran vocación por la fe, motivo por el cual intentó ingresar a un convento a los catorce años, pero sus padres se negaron a otorgarle el permiso y las monjas tampoco aceptaron su incorporación en ese momento. Su sueño se cumpliría a los 19 años cuando se unió a la orden de las Capuchinas Sacramentarias en Querétaro, las cuales dependían de la orden Franciscana.⁷ Conchita manifestaba que des-

de el principio trató de trascender la normatividad de las monjas, pues ella creía que la mejor manera de halagar a Dios era la realización de *grandes sacrificios* espirituales y materiales, razón por la cual practicaba severas penitencias a su cuerpo y dedicaba un mayor número de horas a la oración. La Madre reconocía que eran tres sus principales penitencias: pasar noches enteras de rodillas en un reclinatorio posada frente al Santísimo, castigarse con la disciplina y dormir atada a una cama con forma de cruz. Ella estaba convencida de que sus actos eran correctos, puesto que no sólo la pondría a la par de sus demás hermanas, a quienes admiraba por su fortaleza y fervor, sino que también la ayudaría a lograr el tan ansiado perfeccionamiento espiritual, pues estaba convencida de que la mortificación de la carne se convertía en el camino para llegar a Dios.⁸

origenes de una reforma franciscana", *Graffylia*, núm. 10.

⁸ María Concepción Acevedo, *op. cit.*, pp. 115, 181, 188; Griselda Villegas, *Emilia. Una mujer de Jiquilpan*, pp. 136 y 137. No se debe creer que las acciones penitenciales de la madre Conchita eran producto de una mal entendida fe, pues Emilia Olivares recordaba que en la década de 1930 tuvo que ir a Guadalajara para cuidar a su madre quien se encontraba internada en un hospital de esa ciudad, lugar atendido por monjas y en el cual se percató que ellas "tenían muchas cosas de penitencia. Entraban y les miraba coronas de espinas, les miraba cilicios, como que eran cinturones pero tenían muchos picos, para martirizar, para doblegar la carne, se castigaban, se los fajaban. Estaban pues muy jóvenes y ellas habían hecho votos, ya se sabe que el temperamento de muchas es bárbaro, y para domar la carne tenían sus cilicios. Así han llegado a ser grandes santos. Todos hemos sentido esa rebeldía de la carne, todo mundo [...] ha habido muchos casos de que se enamoran las religiosas, pues son humanas. Pero por eso creo que se castigan. Porque en alguna vida de santos que yo he leído, se han cas-

⁶ J. M. F., *La ejecución de Álvaro Obregón. Tirano de México*, p. 69; Joaquín Cardoso, *El martirologio católico de nuestros días*, p. 375. Se intentaba eliminar a Obregón porque se le consideraba el "Tirano máximo". Si bien no ejercía ningún cargo en la administración, sí tenía el "control absoluto" del país. Joaquín Cardoso indica que los católicos consideraban a Obregón un hombre más "radical" y "astuto" que Calles, motivo por el cual no pensaban en defenderse de éste sino del que tomaría el poder. Sobre los intentos de asesinato puede consultarse Manuel Ramos, *op. cit.*, p. 103; Francis Dooley, *op. cit.*, p. 159.

⁷ Sobre esta orden religiosa puede consultarse Anel Hernández Sotelo, "¿Quiénes son los capuchinos? Aportación historiográfica sobre los

De lo anterior podían dar cuenta todos los santos que habían llevado una vida de intensa penitencia y cuyo objetivo, tanto de hombres como de mujeres, era cumplir con el encargo que Dios les había impuesto, motivo por el cual trató por todos los medios de llegar a ser como uno de ellos. El sacrificio hasta el heroísmo era la virtud más apreciada en personajes como santa Juana,⁹ santa Margarita María¹⁰ y el beato Suzón.¹¹ Para poder cumplir su cometido, la religiosa empezó a leer y examinar la vida de los anteriores santos, pues creía que era imprescindible entender su forma de pen-

sar y actuar para poder llegar a imitarlos con cierta naturalidad.¹² La religiosa mostraba predilección por una santa en particular, Margarita María, quien había recibido, como una prueba del amor que Dios le prodigaba, la marca del Sagrado Corazón de Jesús que se le estampó en su pecho con fuego. En su afán de imitarla, a Conchita se le ocurrió grabarse el nombre de Jesús en el pecho, idea que consideraba sería aprobada por la comunidad y ocasionaría se le viera como una mujer que estaba dispuesta a sacrificarse para lograr el beneplácito divino. Debido a que su confesor le prohibió hacer tal penitencia, la monja mostró su desilusión pero siguió aferrada a su deseo de tener la marca, pues no entendía la razón por la cual el sacerdote le negaba hacer una penitencia que constituía un medio, según ella, para acercarse a la perfección. Pese a la prohibición, ésta no se detuvo

tigado mucho. Si San Francisco de Asís también fue perturbado por la rebeldía de la carne, pero la supo domar. La carne es un bruto, un animal salvaje, pero por eso tenemos el espíritu y las tres potencias para domarla". Como se puede advertir, el discurso católico sobre la carne, a la que se consideraba enemiga de la humanidad, no sólo estaba interiorizado sino que era validado por los creyentes, tal como ocurre en el caso de Emilia que no mostró ningún tipo de repulsión ante las penitencias que se imponían las monjas sino que, por el contrario, las consideraba necesarias para que éstas alcanzaran los fines espirituales que se habían propuesto.

⁹ Santa Juana nació en Dijón, Francia en 1522 y murió en París el 13 de diciembre de 1641. Se le considera la principal colaboradora de San Francisco de Sales en la fundación de la comunidad de las hermanas de la Visitación en 1610. Fue canonizada en 1767.

¹⁰ Margarita María de Alacoque nació en Lathecour en 1645 y murió en París en 1690. Monja de la orden de la Visitación que promovió la devoción del Sagrado Corazón de Jesús. Fue canonizada en 1920.

¹¹ Heinrich Seuse nació en Überlingen el 21 de marzo de 1300 y murió en Ulm el 25 de enero de 1366. Discípulo de Meister Eckhart. Sería parte del círculo de misticismo de Renania. Escribió *Das Büchlein der ewigen Weisheit* (El libro de la eterna sabiduría) (1328) y *Horologium sapientiae* (El reloj de la sabiduría) (1344), obras en las que se abordaban diversos aspectos del misticismo. Fue beatificado en 1831 por el papa Gregorio XVI.

¹² Es probable que para conocer las vidas de los santos referidos, la religiosa haya consultado: sor María Alacoque Muntadas, *Vida de la bienaventurada Margarita María Alacoque: escrita con ocasión del segundo centenario de su muerte por una religiosa*, Madrid, Imprenta de San Francisco de Sales, 1890; Jean Croisset, *La devoción al Sagrado Corazón de Jesús, inspiróla Dios para bien universal de todo el mundo a la V. M. Margarita María Alacoque, religiosa del orden de la Visitación de Santa María que fundó el glorioso San Francisco de Sales: con la vida de esta prodigiosa virgen*, al fin del tomo II; Emile Bougaud, *Historia de santa Juana Francisca Fremiot, baronesa de Chantal, fundadora de la orden de la Visitación de santa María, llamada vulgarmente de religiosas salesas, y del origen de este santo instituto*, Madrid, Imprenta de San Francisco de Sales, 1897; *Año dominicano o vidas de los santos bienaventurados, mártires y principalmente personajes recomendables por su virtud que han florecido en la orden de Predicadores*, Madrid, Asilo de Huérfanos del Sagrado Corazón de Jesús, 1908.

en su intento de lograr la tan ansiada señal en el pecho, misma que, desde su perspectiva, daría cuenta de ser una de las elegidas de Dios.

Ante tal situación, se le ocurrió hacerse la marca con un clavo caliente, pero cuando la Superiora del convento se enteró de lo que pensaba hacer, le sugirió buscar la manera de hacer un sello lo cual constituiría la única condición para cumplir con su cometido. La Madre engañó a sus parientes para poder conseguir el sello que la Superiora le había pedido. Cuando Conchita se lo presentó a la directora del convento, a ésta no le quedó más remedio y autorizó la aplicación de la marca, acción que realizó la misma monja. El acto de Conchita no se puede considerar excepcional, pues en las biografías de las religiosas novohispanas se advierte que éstas no sólo inventaban penitencias sino también ensalzaban el sufrimiento corporal que se inflingía por propia mano, situación explicable por pues se pensaba que, tanto la mortificación como el sufrimiento, eran los caminos para conducir las almas al cielo. De hecho, en la literatura hagiográfica se enaltecía el ascetismo junto con la caridad, la castidad, la humildad y la vida de oración.¹³ La Madre Superiora le había prohibido volver a usar el tatuaje, lo cierto es que Conchita no le hizo caso y decidió grabarse la marca en cada uno de sus brazos. Aunque ella estaba consciente de incurrir en una grave desobediencia, esto no le importó pues

pensaba que el mayor rigor proporcionado en la penitencia, podía concederle mayores beneficios a su alma y a su cuerpo. De hecho, la monja llegó a pensar que el tatuaje constituía una evidencia de su cercanía con Dios y del grado de misticismo al que había accedido.¹⁴

Con la intención de lograr una mayor comunión con la divinidad, Conchita aumentó la aspereza de sus penitencias y pidió a sus compañeras que la ayudaran a crucificarse, asimismo se metía a rezar en un ataúd y siguió con la costumbre de dormir amarrada en una cama con forma de cruz. Como la Superiora consideraba que la Madre había excedido las normas de la orden, dispuso cambiarla de confesor para hacerle notar los errores en los que incurría. El elegido fue un sacerdote italiano, lo primero que hizo fue cuestionarle los verdaderos motivos de su vocación religiosa. Por estar tan imbuida en sus lecturas de la vida de los santos y de las monjas venerables, Conchita consideraba que este pasaje de su existencia había sido crítico, pues se había puesto en entredicho los motivos por los cuales había tomado los hábitos. Ella consideraba que su vocación había sido inspirada por Dios, pero su confesor le hizo dudar pues pensaba que eran "elucubraciones sin fundamento", ade-

¹³ Jean Franco, *op. cit.*, p. 38; Antonio Rubial, *op. cit.*, pp. 166, 173 y 174; Antonio Rubial, "La hagiografía. Su evolución histórica y su recepción historiográfica actual", Doris Biéńko de Peralta y Berenise Bravo, *op. cit.*, p. 18.

¹⁴ María Concepción Acevedo, *op. cit.*, pp. 79, 113-116 y 179. De acuerdo con el testimonio de la monja, el sello se convirtió en un objeto de devoción de las religiosas y alcanzó tal fama que diversas personas iban a su convento con la intención de adorarlo. Cuando se les ordenó cerrar el convento de Tlalpan en 1928, el sello fue sustraído por una monja que permitió a varios laicos se marcaran con éste, situación causante de la furia de Conchita pues consideraba que el sello no podía ser usado por cualquiera.

más de que le cuestionó el tipo de penitencias que realizaba. Por lo anterior, el sacerdote llegó a la conclusión que las actitudes de la monja no podían ser dignas de alabanza y no se podían considerar actos con la intención de ensalzar a Dios. Si ella sobrepasaba las normas conventuales, no se debía a un deseo de lograr una verdadera perfección sino buscaba *lucirse* ante los demás. El confesor incluso afirmó que la Madre estaba *endemoniada*, motivo por el cual creía que la humildad y la obediencia eran las únicas formas por las que podría salvar su alma.

Las palabras del sacerdote produjeron un fuerte efecto en Conchita, sobre todo porque pensaba que seguía el *camino correcto* para llegar a Dios. Las posteriores visitas del sacerdote sólo sirvieron para poner en mayor predicamento a la religiosa, pues cada visita significaba una nueva reprimenda. Ella se llegó a quejar de la actitud tan severa del clérigo en su contra, pues no entendía la razón de su comportamiento. Sin embargo, reconocía que los regañones le sirvieron para ponerse a reflexionar y con ello, tratar de lavar sus errores. Unos meses después, y para su alegría, el sacerdote le confesó haberla puesto a prueba, pues consideraba que tenía un *espíritu diferente* al de las demás monjas, motivo por el que creyó que era necesario probar su verdadera naturaleza y así lograra trascender la vida mundana. El confesor estaba convencido, según Conchita, de que Dios la había escogido para cumplir con una noble tarea, razón por la cual su talento no podía ser desperdiciado y si lograba alcanzar un mayor grado de humildad, cumpliría con la consigna que Dios le encomendaría en el futuro. La declaración del sacerdote sirvió como un in-

centivo para que la madre pusiera mayor empeño en sus acciones y sobre todo, desde ese momento, afianzó su idea de ser una mujer predestinada a cumplir con la inefable voluntad de Dios.¹⁵ Lo interesante de este pasaje es que la Madre trataba de reforzar la idea de que era una elegida de Dios, motivo por el cual reproducía una parte de las historias de las vidas de las venerables, es decir, de aquellas monjas que supuestamente habían sido distinguidas por el Creador para desempeñar una misión en el mundo.

Al igual que las venerables, la monja había salido victoriosa de la prueba impuesta por la divinidad. Por lo anterior, no debe sorprender que ella sintiera que *lo eterno* habitaba en su alma, circunstancia por la cual había logrado comprender *el éxtasis de la inmensidad* y la *sorpresa de lo infinito*, es decir, como una de las elegidas tenía comprensión de lo indescriptible, atributo al que sólo podían acceder los escogidos por Dios. En uno de sus *arrebatos místicos*, llegó a pensar que los “labios del infinito ser” le infundirían vida y valor a su *agonizante alma*, lo cual le permitiría entender la grandeza divina, su inmensidad y su ubicuidad.¹⁶ Como una de las predilectas

¹⁵ *Ibidem*, pp. 185-187 y 190.

¹⁶ *Ibidem*, pp. 23 y 34; Michel de Certeau, *La fábula mística. Siglos XVI-XVII*, pp. 20, 108, 140 y 141; Jean Franco, *op. cit.*, p. 30. De Certeau indica que el discurso místico contiene una paradoja: por una parte constituía una “manera de hablar de las cosas espirituales”, pero por la otra revelaba la lucha de los místicos en contra de la lengua que los separaba de la tradición del silencio. Los místicos transformaban los detalles en mitos, los exageraban, los divinizaban y le daban su propia historicidad. Así, el campo religioso se reorganizaba en función de la oposición entre

del Creador, estaba segura que éste la acogería en sus *brazos omnipotentes* para hacerla descansar y se olvidara de todos los problemas. La Madre afirmaba que una de sus cualidades más valiosas era su constante perfeccionamiento espiritual, pues consideraba que éste representaba un *ejemplo perfecto* de la virtud y de la austeridad que debía imitar cualquier buen cristiano. El que el arzobispo José Mora y del Río la hubiera nombrado superiora del convento de Capuchinas Sacramentarias que se estableció en Tlalpan,¹⁷ reflejaba, para la monja, una prueba de la predilección que Dios le tenía y cuyos actos eran dignos de imitación, razón por la cual buscó que las demás religiosas siguieran su ejemplo, pues Conchita pensaba que la mayoría de las profesas bajo su cuidado no cumplían con las normas que les establecían sus votos, situación que, desde su perspectiva, debía cambiar y sólo se podía hacer con el ejemplo.

Libre de la vigilancia de las autoridades superiores y con el poder para hacerlo, la madre decidió incrementar el rigor de sus penitencias pues de ese modo, tanto ella como sus hermanas, podrían construir un camino de perfección que las llevaría hacia la santidad.¹⁸ La monja relataba que la vida en el convento fue muy gratificante, pues le ayudó

a experimentar con mayor intensidad sus vivencias religiosas, mismas que servirían para aumentar su inteligencia, sensibilidad y perseverancia. Un cambio importante se produjo, en la actitud espiritual de la religiosa, cuando descubrió la vida del santo francés Benito José Labré,¹⁹ un personaje quien había alcanzado la perfección gracias a su humildad, abnegación y constante penitencia.²⁰ Como este santo dedicó su vida al silencio y a la abstracción, la Madre decidió seguir su camino o, por decirlo con sus propias palabras, “quería con mi alma calcar su figura moral”. Así, Conchita abandonó el carácter alegre y jovial que la caracterizaba, y, en vez de ello, se propuso seguir una nueva disciplina basada ahora en el silencio, la contemplación y la penitencia.²¹ La Ma-

lo visible y lo invisible, de tal manera que las experiencias *ocultas* adquirirían una importancia que no tenía. Para Jean Franco, el misticismo era un lenguaje del ser y del cuerpo mediante el cual encontraban expresión las mujeres.

¹⁷ Antonio Rius, *op. cit.*, p. 365; María Elena Sodi, *op. cit.*, p. 78. El convento fue fundado en 1923 por órdenes del arzobispo José Mora y del Río.

¹⁸ María Concepción Acevedo, *op. cit.*, pp. 117, 123, 183 y 192.

¹⁹ Benito José Labré nació en Amettes, Francia en 1748. Desde pequeño mostró inclinación a la oración y mortificación. Por su deseo de alcanzar el mayor grado de humildad, dedicó una buena parte de su vida al servicio de los pobres y moribundos. En 1781 decidió trasladarse a Roma, lugar en donde vivió en la más extrema pobreza y consagrado a realizar oración y penitencia, motivo por el que se le conoció como el “santo mendigo de Roma”. Murió en Roma el 16 de abril de 1783 y fue canonizado el 8 de diciembre de 1881.

²⁰ Es probable que la monja haya leído la biografía de Labré en la obra de Jean Croisset, *Año cristiano y adicionado con las vidas de los santos y festividades que celebra la iglesia de España, noticias sobre las órdenes religiosas, historia de las reliquias, peregrinaciones, donaciones populares, santos padres, escritores sagrados y eclesiásticos, y monumentos religiosos levantados por la piedad desde los tiempos más antiguas hasta nuestros días*, México, J. F. Parres, 1887.

²¹ Guadalupe Viveros, *Mi padre revolucionario*, pp. 126-128. Felipe Gustavo Viveros conoció a la monja por circunstancias ajenas al movimiento cristero y la describía como una mujer *dura* pero de trato *amable*.

dre señalaba cómo la disciplina del silencio, el no permitirse hablar fue muy importante para fortalecer su espíritu, pues ese sacrificio no sólo le permitió descubrir sus más inmensos temores, sino que también la ayudó a entender hasta dónde podía llegar como ser humano. Si Conchita enfatizaba la disciplina del silencio a la que se sometió, se debía a que se consideraba, desde la Edad Media, parte fundamental de un modelo basado en la moderación y la humildad. El silencio constituía una muestra del control que el hombre ejercía sobre sí y evidenciaba un respeto hacia la divinidad.²²

La Madre pensaba que dicha prohibición le había proporcionado la *serenidad necesaria* para enfrentar los graves problemas que se le habían presentado, y se le presentarían, en su vida. Tal y como lo demostró unos años después, cuando fue acusada de ser la *autora intelectual* del asesinato del general Obregón. Ella creía que ésta era la prueba más grande que Dios le había impuesto en su camino, pues antes de vincularse al crimen había vivido *una atmósfera ficticia* en la cual veía todo “blanco, diáfano y transparente” por esto “no creía que existiera la maldad y mucho menos, ni soñado, las degradaciones y abismos que he visto”.²³ Conchita buscaba evidenciar una gran ingenuidad, pero estaba lejos de serlo pues estuvo implicada en dos intentos de asesinato del general Obregón, además de que estableció fuertes vínculos con

diversos grupos que desde la ciudad de México ayudaban a los cristeros con armas y dinero.²⁴ Durante su estancia en la cárcel, antes de que se emitiera el dictamen por parte del jurado que la juzgó, la monja trataba de mostrar que aceptaba los padecimientos en aras de acabar con la persecución de los católicos y si bien era cierto que en algunos momentos sentía como la situación la vencía, lograba sobreponerse y ofrecía en sacrificio su *sangre y la vida* para lograr que su *patria adorada* fuera liberada de las *garras de los tiranos*. Estas peticiones las hacía con *lágrimas de fuego* que hacían explotar su *pequeño corazón*, las cuales se sumarían, según ella, a los sacrificios realizados por las numerosas “almas inocentes y desconocidas”, es decir, las de los cristeros que combatían en los campos de batalla.

El discurso de la monja reproducía dos de las ideas que representaban el pensamiento cristero: la obsesión por morir como una mártir pues de esta manera se le abrirían las puertas del cielo; y el deseo de liberar a su patria de la persecución impuesta por las autoridades. El que la hubieran tenido encerrada doce días en un cuarto oscuro y sin alimentos, no sólo le había permitido descubrir, según la monja, “nuevos secretos que su alma ocultaba” sino trascender la

²²Peter Burke, *Hablar y callar*, pp. 158 y 159; así como Sergio Pérez, “La mentira y las disciplinas de la palabra en el mundo del pecado”, *Historia y grafía* número 7, pp. 166, 169-172 y 177; Rogelio Jiménez, *La palabra reprimida*, pp. 54-58.

²³María Concepción Acevedo, *op. cit.*, p. 191.

²⁴María Elena Sodi, *op. cit.*, pp. 84-85. Uno de los intentos de asesinato tenía como principales agentes a Carlos Castro Balda y María Elena Manzano. La madre les había pedido que asistieran a una fiesta que en Celaya se organizaría en honor de Calles y Obregón, situación que aprovecharía Elena para bailar con ellos y en el momento preciso, debía inyectarles una dosis de veneno que traía escondida en pequeñas agujas. El plan se frustró porque no pudieron entrar a la recepción.

corporalidad para instalarse en una nueva espiritualidad, la cual le ayudó a extinguir el *fuego material y exterior* para encontrar el *fuego interior*, situación por la cual evitó que el *amargo sabor de la hiel* se plasmara en su alma. Lo anterior provocó que despertaran en ella dos sentimientos: una *honda tristeza* y una *dulce alegría*, los cuales le hicieron darse cuenta que Dios la amaba y era observada por los ángeles y los hombres, circunstancia que le generó *santa satisfacción*, la cual se acrecentó cuando los policías reconocieron que el trato recibido en la penitenciaría era cruel, injusto e inhumano. Este pensamiento se acentuó cuando una mujer se le acercó para besarle las manos y la frente, pues la consideraba una *santa* que sufría a causa de una injusticia.²⁵ Conchita se mostraba satisfecha de la manera en la cual se le percibía, pues creía a que había resistido el castigo gracias a la formación “casi cruel en que voluntariamente me modelé”. Sin embargo, en algunos momentos llegó a reconocer que vivía en una aplastante agonía, pues el amargo sabor de la hiel no se borraba así como tampoco las huellas del dolor que estaban plasmadas en su alma con una gran profundidad.

Su condena judicial, las críticas de algunos católicos y las posteriores decla-

raciones de diversos mandatarios de la Iglesia la tachaban de trastornada,²⁶ provocó que la monja decayera en su ánimo y se sintiera abandonada por aquellos a los cuales había dedicado sus desvelos. Ante tal situación, declaraba que sentía la “nostalgia de mi pequeñez” y la “impotencia en toda su plenitud”, razón por la cual pensaba que era “(así lo siento) un astro pequeño que ha perdido su ruta, algo inútil para todos y para mí misma”, palabras que sin duda reflejaban la derrota de un espíritu que esperaba que en verdad existiera el cielo y los premios divinos fueran una realidad, pues así Dios le pagaría “con dicha y una plenitud de corazón sentida y gozada aquí y después eterna”. Estas frases mostraban a una persona afligida que no podía comprender las razones por las cuales los *suyos* la habían abandonado. Las acusaciones que se hacían en su contra, en buena medida hechas, según ella, por “cerebros juveniles sin nombre” y por “oscuros abandonados”, provocaron en su corazón huellas profundas de sentimiento, el cual había sido mitigado por aquellos a quienes consideraba sus enemigos. Conchita reconocía que la gravedad de los improperios le habían provocado dolor, amargura y tedio, pero a causa de su fortaleza espiritual logró mantener la ecuanimidad para soportar esas duras pruebas que se le presentaban.²⁷ La

²⁵María Concepción Acevedo, *op. cit.*, pp. 24, 30, 49, 51, 54, 55 y 192; Cuauhtémoc Fernández, *León Toral, no ha muerto*, p. 77; Hernán Robleto, *Obregón-Toral. La madre Conchita*, p. 405. Fernández afirmaba que la Madre fue sometida a un tratamiento indigno para su sexo y condición social. El que la monja hubiera resistido los *tormentos* de la cárcel provocó que una de sus seguidoras, María Luisa Peña, declarara que Conchita mostraba tanta humildad que parecía *una santa*.

²⁶Hernán Robleto, *op. cit.*, pp. 358 y 359; Agustín Martínez, *No volverá a suceder*, pp. 320, 323 y 324. El obispo de San Luis Potosí declaró el 5 de agosto de 1929 que la mentalidad de Conchita no era “normal” y en su familia existían varios casos de “enajenados mentales”.

²⁷María Concepción Acevedo, *op. cit.*, pp. 30, 34, 36, 37, 43, 44 y 79. Conchita consideraba que la

Madre Conchita decía que si bien en algunos momentos perdió la serenidad a causa de la ira, la mansedumbre y la reflexión le permitieron resistir la *inaudita crueldad* y los *odios inconcebibles* de sus enemigos.

En un principio pensó en vengarse de los que la calumniaban, pero tras desatarse una titánica lucha en su alma se dio cuenta que debía perdonar a sus enemigos, pues las crueldades e injusticias a las cuales se le sometió la ayudaron a descubrir nuevos secretos ocultos en su alma y con ello, logró fortalecer su espiritualidad. Por este motivo, ella no se podía considerar una *víctima* de los hechos y estaba dispuesta a seguir sacrificándose por su patria y por los mexicanos,²⁸ situación que denotaba que su deseo de llegar al cielo, sea por medio del martirio o de un comportamiento santo, no había sido trastocado del todo y sólo esperaba que Dios recompensara sus esfuerzos, para que el movimiento cristero triunfara y los católicos por fin se liberaran de las atrocidades que cometían en su contra.

A manera de conclusión

Son escasos los testimonios escritos de monjas contemporáneas, a diferencia de aquellas de la época colonial las cuales dejaron numerosos textos.²⁹ Si bien

ello no significa que éstos no existan, pues es probable que algunas religiosas hayan plasmado sus experiencias de vida y los registros estén resguardados en las bibliotecas conventuales y sólo sean conocidos por los miembros de la comunidad.³⁰ Si María Concepción Acevedo no hubiera sido apresada y enjuiciada por el asesinato de Obregón, su historia no se habría hecho pública y no tendríamos acceso al pensamiento de una monja que se consideraba mística y creía estar predestinada por Dios para cumplir con una misión. Es importante mencionar que la autobiografía de la Madre Conchita no se puede considerar moderna, pues en ella no se resalta la conciencia de singularidad y el derecho a ser diferente sino, por el contrario, reproduce el modelo de las venerables novohispanas quienes exaltaban la imitación de los ideales cristianos y los designios de la providencia divina.³¹ Aunque la religiosa no lo mencionaba, es probable que haya conocido algunas biografías de las venerables novohispanas, textos que le sirvieron para tratar de darle una estructura a su manuscrito. Resulta paradigmático el deseo de Conchita de imitar la vida de los santos y el establecimiento de penitencias más severas, caminos que, desde su perspectiva, debían

curia la había desconocido debido a dos hechos: sus interpretaciones místicas y a que en su casa se habían fraguado varias conspiraciones.

²⁸ *Ibidem*, pp. 43, 44, 51, 53, 73 y 88.

²⁹ Asunción Lavrin y Rosalva Loreto, *La escritura femenina en la espiritualidad barroca novohispana. Siglos XVII y XVIII* y Antonio Rubial, *La santidad controvertida*.

³⁰ Antonio Rubial, "Hagiografía", p. 29. Rubial indica que con el proceso de secularización de la cultura occidental, la literatura hagiográfica perdió sustento y ya no se convirtió en un objeto de interés de los que se dedicaban al estudio del pasado.

³¹ Doris Bieñko, *op. cit.* p. 37; Norma Guarneros, "El discurso perseguido o la palabra encarcelada: causas contra herejes y beatas del siglo XVIII novohispano", Noemí Quezada, Martha Eugenia Rodríguez y Marcela Suárez, *Inquisición novohispana*, tomo II, pp. 299 y 301.

ayudarle a lograr la perfección de su vida espiritual y por consiguiente, le asegurarían un lugar en el cielo. Sin embargo, este ideal sería trastocado después vinculársele con la muerte de Obregón y de que la Iglesia se deslindó de ella, lo cual constituyó un duro golpe del cual la Madre no se logró reponer y la llevó a negar sus votos religiosos.

Pese a todo, ella decía no guardarles rencor a sus acusadores, pues refería que éste “ni restaña heridas, ni remedia el mal”.³² Así, Conchita demostraba que como buena cristiana, ponía la otra mejilla para recibir los golpes y acusaciones de las cuales había sido objeto, situación que, desde su perspectiva, ayudaría a evidenciar que era una mujer santa, pues la verdad afloraría en el futuro. Y esa verdad mostraría no sólo a una mujer virtuosa, sino también a una mujer defensora de sus creencias en un momento crítico, la cual estaba dispuesta a morir por ellas. Así, Conchita, la mística, había tratado de cumplir con el destino que Dios le encomendó: convertirse en la salvadora de las creencias religiosas del catolicismo, destino que en última instancia no se llegó a cumplir y de ser una posible santa, según sus seguidores, se convirtió en una mujer maquiavélica de acuerdo a sus detractores, la cual

buscaba aprovecharse de los demás a través del manto de la religión. La figura de la Madre Conchita ha estado envuelta en el blanco y negro de la historia, motivo por el cual no se le ha dado la atención debida, tarea necesaria para entender y conocer cuál fue su verdadera participación tanto en la organización clandestina de las actividades religiosas en la ciudad de México como en los trágicos eventos en que estuvo involucrada.

Bibliografía

- Acevedo y de la Llata, María Concepción (Madre Conchita). *Obregón. Memorias inéditas de la Madre Conchita*. México, LibroMex editores, 1957.
- Bieñko de Peralta, Doris. “Los territorios del yo. La autobiografía espiritual en la época virreinal”. *De sendas, brechas y atajos. Contexto y críticas de las fuentes eclesíásticas, siglos XVI-XVIII*. Coordinadores Doris Bieñko de Peralta y Berenise Bravo. México, Instituto Nacional de Antropología e Historia/Escuela Nacional de Antropología e Historia-Consejo Nacional para la Cultura y las Artes-Programa para el Mejoramiento del Profesorado, 2008, pp. 35-53.
- Burke, Peter. *Hablar y callar. Funciones sociales del lenguaje a través de la historia*. Barcelona, Gedisa Editorial, 1996. (Colección Historia)
- Cardoso, Joaquín. *El martirologio católico de nuestros días. Los mártires mexicanos*. México, Buena Prensa, 1953.
- Certeau, Michel de. *La fábula mística. Siglos XVI-XVII*. México, Universidad Iberoamericana-Instituto Tecnológico-

³²María Concepción Acevedo, *op. cit.*, pp. 46, 48, 79. La Madre indicaba que había perdonado a León Toral, pues sabía que no la había querido perjudicar. Su intención, según Conchita, era requerirla como testigo y nunca pensó que las cosas se iban a confundir. Ella tampoco hizo nada para deshacer la confusión, pues decía que “no se me oye, nunca se me ha querido creer, daré tiempo al tiempo y viviré mi vida”. La actitud y las palabras de la religiosa evidenciaban su resignación ante lo inevitable.

- co de Estudios Superiores de Occidente, 2004. (El Oficio de la Historia)
- Dooley, Francis Patrick. *Los cristeros, Calles y el catolicismo mexicano*. México, Secretaria de Educación Pública, 1976. (Sepsetentas)
- Fernández, Cuauhtémoc. *León Toral, no ha muerto*. México, Editorial Mundo Nuevo, 1945. (Ediciones Selectas Azteca)
- Franco, Jean. *Las conspiradoras. La representación de la mujer en México*. México, El Colegio de México-Fondo de Cultura Económica, 1993. (Tierra Firme)
- Guarneros Rico, Norma. "El discurso perseguido o la palabra encarcelada: causas contra herejes y beatas del siglo XVIII novohispano". Coordinadoras Noemí Quezada, Martha Eugenia Rodríguez y Marcela Suárez. *Inquisición novohispana*. Tomo II, México, Universidad Nacional Autónoma de México-Universidad Autónoma Metropolitana/Azcapotzalco, 2000, pp. 293-304.
- J. M. F. *La ejecución de Álvaro Obregón. Tirano de México. El hecho y sus antecedentes, sus motivos y consecuencias*. San Antonio Texas, REXMEX, 1935.
- Jiménez Marce, Rogelio. *La palabra reprimida. El control social sobre el imaginario del más allá, siglos XVII y XVIII*. México, Editora del Gobierno de Veracruz, 2010.
- Lavrin, Asunción y Rosalva Loreto. Editores. *La escritura femenina en la espiritualidad barroca novohispana. Siglos XVII y XVIII*. México, Universidad de las Américas-Archivo General de la Nación, 2002.
- Leñero, Vicente. *El juicio. El jurado de León Toral y la Madre Conchita*. México, Joaquín Mortiz, 1972. (Teatro del volador)
- Martínez Avelleyra, Agustín. *No volverá a suceder*. México, s/e, 2000.
- Meyer, Jean et al. *Historia de la Revolución Mexicana. 1924-1928. Estado y Sociedad con Calles*. Tomo 11, México, El Colegio de México, 1977.
- _____. *Historia de la Revolución Mexicana. 1928-1934. Los inicios de la institucionalización*. Tomo 12, México, El Colegio de México, 1981.
- Ramos Medina, Manuel. "José de León Toral". *Los cristeros. Conferencias del ciclo de primavera de 1996*. México, Centro de Estudios de Historia de México-Conductores de México, 1996, pp. 97-112.
- Reyes, Aurelio de los. "La tumultuosa bienvenida a Lindbergh, el niño Fidencio y el éxito de Rey de Reyes ¿Expresión de la persecución religiosa en México. 1925-1929?". *Los cristeros. Conferencias del ciclo de primavera de 1996*, México, Centro de Estudios de Historia de México-Conductores de México, 1996, pp. 81-95.
- Rius Facius, Antonio. *Méjico cristero. Historia de la ACJM. 1925 a 1931*. México, Editorial Patria, 1960.
- Robleto, Hernán. *Obregón-Toral. La Madre Conchita*. México, Ediciones Botas, 1935.
- Rubial García, Antonio. "La hagiografía. Su evolución histórica y su recepción historiográfica actual". *De sendas, brechas y atajos. Contexto y críticas de las fuentes eclesiásticas, siglos XVI-XVIII*. Doris Bieñko de Peralta y Berenise Bravo. Coordinadores.

México, Instituto Nacional de Antropología e Historia/Escuela Nacional de Antropología e Historia-Consejo Nacional para la Cultura y las Artes-Programa de Mejoramiento del Profesorado, 2008, pp. 15-33.

- _____. *La santidad controvertida. Hagiografía y conciencia criolla alrededor de los venerables no canonizados de Nueva España*, México, Universidad Nacional Autónoma de México-Fondo de Cultura Económica, 1999. (Obras de Historia)
- Sodi de Pallares, María Elena. *Los cristeros y José de León Toral*. México, Editorial Cultura, 1936.
- Solares, Ignacio. *El Jefe Máximo*. México, Alfaguara, 2011.
- Villegas Muñoz, Griselda. *Emilia. Una mujer de Jiquilpan*. México, Centro de Estudios de la Revolución Mexicana "Lázaro Cárdenas"-Archivo de Historia Oral, 1984.
- Viveros Pabello, Guadalupe. *Mi padre revolucionario*. México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1993. (Testimonios)

Hemerografía

- Hernández Sotelo, Anel. "¿Quiénes son los capuchinos? Aportación historiográfica sobre los orígenes de una reforma franciscana". *Graffylia*. Núm. 10, año 6, México, primavera 2009, pp. 117-132.
- Lavrin, Asunción. "La madre María Magdalena Lorravaquio y su mundo visionario". *Signos Históricos*. Núm. 13, México, enero-junio 2005, pp. 22-41.
- Pérez Cortés, Sergio. "La mentira y las disciplinas de la palabra en el mundo del pecado". *Historia y gráfica*. Núm. 7, año 4, México, Universidad Iberoamericana, 1996, pp. 157-179.